

menester separarlos. Tosti se va á Hereford, donde Haroldo había mandado preparar un gran banquete regio; mata á los servidores de Haroldo; les corta la cabeza y los miembros; los pone en vasijas de cerveza, de vino, de hidromel y de sidra, y manda decir al rey: «Si vas á tu hacienda, verás allí una buena ración de carne salada, pero harás bien en llevar algunas otras piezas contigo.» El otro hermano de Haroldo, Sueno, había violado á la abadesa Edgiva y asesinado al thane Beorn; luego, desterrado del país, se hizo pirata. Al ver los arrebatos de esos hombres, su ferocidad, sus risas falsas de canibales, se adivina que no necesitaban recorrer mucho camino para tornarse nuevamente reyes del mar y parientes de aquellos sectarios de Odino que comían carne cruda, colgaban hombres de los árboles sagrados de Upsal á guisa de víctimas, y se mataban á sí propios para morir, como habían vivido, en medio de la sangre. Cien veces reaparecen los feroces instintos añejos bajo la tenue corteza del cristianismo. En el siglo XI, «Sige-ward (1), el gran duque de Nortumberlandia, atacado de un flujo de vientre y sintiendo acercarse la muerte: «¡Qué vergüenza (dice) no haber podido morir en tantas guerras, y acabar de este modo como las vacas! Ponedme siquiera la coraza, ceñidme la espada, colocadme el casco en la cabeza, el escudo en la mano derecha y el hacha dorada en la izquierda, para que un gran guerrero, cual yo, muera como guerrero.» Se hizo lo que decía, y murió así honrosamente con sus armas. Aquellos hombres habían dado un paso fuera de la barbarie, pero nada más que un paso.

(1) *Pene gigas statura*, dice el cronista, 1055. Kemble, I, 393. Enrique de Huntington, lib. vi, 367.

III

Esa nativa barbarie ocultaba nobles inclinaciones, desconocidas del mundo romano, y que debían erigir sobre sus ruinas un mundo mejor. En primer termino, «cierta seriedad que los aparta de las frivolidades y los inclina hacia los sentimientos elevados (1)». Desde un principio se los ve así en Germania, con severas costumbres, graves inclinaciones y una dignidad viril. Viven solitariamente, cada uno junto al manantial ó junto al bosque cuyo aspecto le ha atraído (2). Aun en las aldeas no se tocan las cabañas: sus habitantes necesitan independencia y aire libre. No los llama la voluptuosidad: en ellos es tardío el amor, la educación dura, la alimentación sencilla. Todas sus diversiones se reducen á cazar el toro salvaje y á saltar entre espadas desnudas. La embriaguez violenta y las apuestas preligrosas: he ahí el flaco: se inclina á buscar, no los placeres dulces, sino la excitación fuerte. En todas las cosas, en los instintos rudos y en los instintos varoniles, son *hombres*. Cada cual, en sus dominios, en su tierra y en su choza, es dueño de sí, sin que nada le doblegue ni quebrante su entereza. Cuando la comunidad toma algo suyo, es porque él lo concede. Vota armada en todas las grandes resoluciones

(1) Grimm: *Mythologie*, 53, Prólogo.

(2) Tácito, xx, xx.ii, xi, xii, xiii, y *passim*. Se pueden ver aún las huellas de ese gusto en las construcciones inglesas.

comunes; juzga en la asamblea, hace alianzas y guerras privadas; emigra; se mueve y obra por su cuenta (1). En ese sajón se ve ya integramente al inglés moderno. Si se doblega, es porque tiene á bien doblegarse; no es menos capaz de abnegación que de independencia: es aquí frecuente el sacrificio; el hombre da á poca costa su sangre y su vida. En Homero, los héroes flaquean á menudo, y no se los censura por huir. En las Sagas, en el *Edda*, tienen que ser valientes hasta el extremo. En Germania se ahoga en cieno al cobarde. Al través de los arrebatos de la brutalidad primitiva, se trasluce oscuramente la gran idea del deber; el dominio de sí propio en vista de algún fin noble. Allí es puro el matrimonio, y voluntaria la castidad. Entre los sajones se castiga con la muerte al hombre adúltero; á la mujer se la obliga á ahorcarse, ó la acribillan á cuchilladas sus compañeras. Las mujeres de los cimbro, no pudiendo obtener de Mario la salvaguardia de su castidad, se mataban con sus propias manos. Los hombres creen que hay «algo de santo» en las mujeres; no se casan más que con una, y le guardan fidelidad. Desde hace quince siglos no ha cambiado en esa raza la idea del matrimonio (2). La esposa, al penetrar bajo el techo de su marido, sabe que se entrega por entero (3), «que será una con él en cuerpo y alma; que no tendrá ningún otro pensamiento, ningún otro deseo; que será la compañera de sus peligros y de sus trabajos; que sufrirá y se arriesgará tanto como él en la paz y en la guerra». El hombre

(1) Tácito, XII.

(2) «Una vez casadas son verdaderas lluecas, consagradas á sacar hijos y á vivir en adoración perpetua ante el procreador.» Stendhal, *De l'amour en Allemagne*.

(3) Tácito, XIX, VIII, XVI; Kemble, I, 232.

sabe entregarse del mismo modo: cuando ha elegido su jefe, se olvida de sí; le atribuye su gloria; se deja matar por él. «Infame por toda la vida es el que vuelve sin su jefe del campo de batalla (1).» Sobre esa subordinación voluntaria se asentará la sociedad feudal. El hombre, en esta raza, puede aceptar un superior, ser capaz de adhesión y de respeto. Replegado sobre sí por la tristeza y rudeza de su clima, ha descubierto la belleza moral, mientras los otros descubrían la belleza sensible. Esa especie de bestia desnuda, que yace durante todo el día al amor de la lumbre, inerte y sucia, ocupada en comer y dormir, y cuyos órganos enmohecidos no pueden seguir los delicados lineamientos de las armoniosas formas poéticas (2), entrevé lo sublime en sus confusos ensueños. No lo representa; lo siente; su religión es ya interior, como lo será cuando en el siglo XVI rechace el culto sensible importado de Roma y consagre la fe del corazón (3). Sus dioses no están encerrados entre paredes; no tiene ídolos. Lo que él designa con nombres divinos es ese yo no sé qué de invisible y grandioso que circula al través de la naturaleza y que se adivina más allá (4); ese misterio infinito que los sentidos no alcanzan, pero que «la veneración revela»; y cuando después precisan y alteran las leyendas, esa vaga adi-

(1) Tácito, XIV; Kemble, I, 32.

(2) «In omni domo, nudi et sordidi... Plus per otium transigunt, dediti somno, ciboque; totos dies juxta focum atque ignem agunt.»

(3) Grimm, 53, Prólogo; Tácito, X.

(4) «Deorum nominibus apellant secretum illud quod sola reverentia vident.» Más tarde, en Upsal, por ejemplo, hubo estatuas. (Adam de Brema.)

Wotan (Odino) significa, por su raíz, el Omnipotente, el que penetra y circula al través de todo. (Grimm, *Mythologie*.)

vinación de las potencias naturales, en aquel caos de ensueños gigantescos queda en pie una idea: la idea de que este mundo es una guerra, y el heroísmo el soberano bien.

En un principio, dicen esas viejas leyendas escritas en Islandia (1) había dos mundos: el helado Nilfheim y el ardiente Muspill. De las gotas de la nieve derretida nació un gigante, Imer. «Al venir Imer dieron comienzo los siglos. No había entonces arenas, mares ni frescas ondas. No se veían tierras ni alto cielo. Existía el gran abismo, pero ni una brizna de hierba.» No existía más que Imer, el horrible Océano helado, con los hijos nacidos de sus pies y de su sobaco, y con el informe linaje de estos últimos: los terrores del abismo, las montañas estériles, los huracanes del Norte y los demás seres maléficos, enemigos del sol y de la vida. Entonces la vaca Andhumbla, nacida también de la nieve derretida, lamiendo el hielo de las peñas, dejó al descubierto un hombre, Bur, cuyos nietos mataron a Imer. «De su carne hicieron la tierra, de su sangre el suelo y los ríos, de sus huesos las montañas, de su cabeza el cielo, y de su cerebro, finalmente, las nubes.» Así empezó la guerra entre los monstruos del invierno y los dioses luminosos y fecundantes: Odino, el fundador; Balder, el dulce y benéfico; Thor, el trueno de estío que purifica el aire y alimenta la tierra con la lluvia. Los dioses combatieron durante mucho tiempo contra «los Iotos helados», contra las negras potencias bestiales, contra el lobo Fenris, á quien enca-

(1) *Passim*. Edda Saemundi, Edda Snorri. Ed. de Copenhague, 3 volúmenes. Bergmann ha traducido varios poemas: yo utilizo á veces su traducción. Visiones de la Vala. Discursos de Vafthrudnis, etc.

denarán, contra la gran serpiente, á quien sumergirán en el mar, contra el pérfido Loki, á quien atarán sobre peñascos debajo de una víbora que destilará veneno continuamente sobre su cara. Los valientes, que por una muerte sangrienta han merecido entrar «en el recinto de Odino, y empeñan allí un combate cada día», ayudarán, durante mucho tiempo, á los dioses en su magna guerra. Día vendrá, no obstante, en que dioses y hombres serán vencidos: «Entonces tiembla el gran fresno de Igdrasil. El viejo árbol tiritita. El Ioto Loki rompe sus ataduras. Se estremecen las sombras en los caminos del infierno, hasta que el fuego de Surtr devora al árbol. El nauclero Hrymr avanza desde Oriente, cubierto por un escudo. Izrmungandr se retuerce con furia de gigante. La serpiente levanta las olas; el águila bate las alas; el ave de pálido pico desgarrá los cadáveres. Lánzase el navío Naglfar. Surtr llega del Mediodía con las espadas desastrosas. En las tajantes armas de los dioses héroes resplandece el sol. Conmueven las montañas; tiemblan los gigantes. Las sombras huellan el camino del infierno; el cielo se entreabre. El sol empieza á oscurecerse; la tierra se hunde en el mar. Las brillantes estrellas desaparecen del cielo. El humo se arremolina en torno del fuego destructor del mundo. La gigantesca llama sube hasta el cielo.» Los dioses perecen devorados por los monstruos, y la leyenda celeste, lúgubre y grandiosa aquí como la historia humana, anuncia corazones de combatientes y de héroes.

Ni temor al dolor, ni preocupación de la vida. Por todo saltan, una vez poseídos de su idea. El estremecimiento de los nervios, la repulsión del instinto animal, que ante las heridas y la muerte retrocede, todo ceja al empuje de la voluntad irresistible. Ved brotar

el calzado todas las mañanas. Me amenazaba por celos y me maltrataba duramente.»

Todo inútil: ninguna palabra puede humedecer aquellos ojos secos; es menester que le pongan en las rodillas el cadáver ensangrentado, para arrancarle lágrimas. Entonces prorrumpe en llanto, se desvanece, y los cisnes responden á sus gritos. Moriría, como Sigurd, sobre el cadáver del único á quien amó, si con un mágico brevaie no le hiciesen perder la memoria. Trastornada de esa suerte, parte para casarse con Atli, el rey de los hunos. Pero parte á su pesar, con siniestros presentimientos. Porque el asesinato engendra el asesinato; y sus hermanos, los matadores de Sigurd, atraídos cerca de Atli, van á caer á su vez en un lazo parecido al que tendieron. Gunnar está atado, y se quiere que entregue el tesoro; él responde con la extraña risa de los bárbaros: «Pido que se me ponga en la mano el corazón de mi hermano Högni, el corazón arrancado del pecho del gran caballero, del hijo del rey, con embotado puñal.» Sacaron el corazón al esclavo Hjalli; le pusieron ensangrentado en un plato, y se le llevaron á Gunnar... Habló entonces Gunnar, el jefe de los hombres: «Este es el corazón del cobardé Hjalli; no se parece al corazón del valiente Högni. Ahora que está en el plato, tiembla mucho; cuando estaba en su pecho, temblaba más...» «Högni rela, cuando le arrancaban el corazón... No pensó, no, en llorar.»—Pusieron el corazón ensangrentado en un plato, y le llevaron á Gunnar. Gunnar, el valiente Niflung, habló así, con rostro sereno: «¡He aquí el corazón del valeroso Högni! No se parece al del cobarde Hjalli. Ahora que está en el plato, tiembla poco; cuando estaba en su pecho, temblaba menos. ¡Que no estés tú, Atli, tan lejos de mis ojos como lo estarás siempre

de nuestros collares, de nuestro tesoro! Ahora á mí solo queda confiado todo el tesoro oculto, toda la riqueza de los Niflungs. Porque Högni no se cuenta ya entre los vivos. Yo no estaba tranquilo mientras vivíamos los dos. Pero lo estoy ahora, que sobrevivo solo.» Supremo insulto del hombre seguro de sí, que en nada repara por saciarse, ni en su vida ni en la ajena. Arrojado entre las serpientes, muere; pero la llama inextinguible de la venganza ha pasado de su corazón al de su hermana; cadáver sobre cadáver, se los ve caer á unos tras otros; una especie de furor colossal los precipita á ojos cerrados en la muerte. La hermana degüella á los hijos que ha tenido de Atli; un día que éste vuelve de la matanza, le dá por comida los corazones en miel, y se ríe friamente al revelarles la clase de pasto que ha devorado. Los hunos aullan, y en los bancos, dentro de las tiendas, todos lloran; ella no: ella no ha llorado desde la muerte de Sigurd, ni por sus hermanos «de corazones de osos», ni por «sus tiernos y confiados hijos». Llegada la noche, degüella á Atli en la cama, prende fuego al palacio, y quema á todos los servidores y á todas las mujeres guerreras. Júzguese por este cúmulo de devastaciones y de carnicerías á qué excesos propende aquí la voluntad. Había entre ellos hombres, los berserkeres (1), que, atacados de una especie de locura en el combate, desplegaban de pronto una fuerza sobrehumana, y no sentían ya las heridas. He ahí el héroe tal como esa raza le concibe en su primera aurora. ¿No es extraño verlos cifrar la dicha en las batallas y la belleza en la muerte? ¿Hay un pueblo, ni indos, ni

(1) Esa voz designa á los hombres que combatían sin coraza, probablemente sin más que un simple sayo.

persas, ni griegos, ni galos, que se formase una concepción tan trágica de la vida? ¿Hay uno que poblara su pensamiento infantil de imágenes tan fúnebres? ¿Hay uno que haya desterrado tan completamente de sus ensueños la dulzura del goce y la molicie de la voluptuosidad? El esfuerzo, el esfuerzo doloroso, la exaltación en el esfuerzo: he ahí su estado preferido. Carlyle decía acertadamente que en la sombría obstinación del trabajador inglés subsiste aún la rabia silenciosa del antiguo guerrero escandinavo. Luchar por luchar es todo su goce. Con qué tristeza, con qué furor y con qué estragos se desborda semejante naturaleza, se verá en Byron y en Shakespeare; con qué eficacia, con qué beneficios se encauza y utiliza bajo las ideas morales, se verá en los puritanos.

IV

Se establecen en Inglaterra, y, por desordenada que sea la sociedad que los une, fúndase, como en Germania, sobre sentimientos generosos. La guerra estalla en todas las puertas, es cierto; pero detrás de todas las puertas alientan las virtudes guerreras: el valor y la fidelidad. Dentre del bruto habitan el hombre libre y el hombre de corazón. No hay entre ellos uno solo que no pueda hacer ligas, salir á combatir y acometer empresas por su cuenta y riesgo (1). No hay grupo de hombres libres que no renueve continua-

(1) Véase la vida de Sueno, de Hereward, etc., aun en el tiempo de la conquista.

mente, en el Witenagemot, sus alianzas con los demás. Cada parentela, dentro de su marca, forma una liga cuyos miembros, «hermanos de la espada», se defienden unos á otros, y reclaman unos por otros, á expensas de su sangre, el precio de la sangre. Cada jefe sabe que tiene, no mercenarios, sino amigos, en los fieles que beben su cerveza, que han recibido de él, en prueba de estimación y confianza, brazaletes, espadas, armaduras, y que el día del combate se interpondrán entre él y el adversario (1). En esa joven sociedad hierven la independencia y la audacia con violencias y excesos; pero ambas son, en sí mismas, cosas nobles, y los sentimientos que las disciplinan, es decir, la adhesión afectuosa y el respeto de la fe jurada, no lo son menos. Esos sentimientos aparecen en las leyes, y brillan en la poesía. Aquí la grandeza de alma es la que presta asunto á la imaginación. Los personajes no son egoístas y astutos como los de Homero. Son corazones excelentes, sencillos (2) y animosos, «fieles á sus parientes, leales á su señor, constantes con el amigo, firmes contra el adversario», pródigos de valor y dispuestos al sacrificio. «Viejo y todo como soy, dice uno de ellos, de aquí no he de moverme. Pienso morir al lado de mi señor, cerca de ese hombre á quien tanto he querido... Cumplió su palabra, la palabra que había dado á su jefe, al repartidor de los tesoros, prometiéndole que volverían juntos á la ciudad, que tornarian sanos y salvos á sus hogares, ó que los dos caerían en el lugar de la matanza, expirando á consecuencia de sus heridas. Permanecía como un servidor leal al lado de su señor.» Aun-

(1) *Beowulf*, *passim*. Muerte de Byrhtnoth.

(2) «Gens nec callida, nec astuta.» Tácito.